

## Un mural de Luis Sáez, en la Caja Postal de Ahorros

La Caja Postal de Ahorros tiene lo que supongo que será su sede central en Madrid, en el paseo de Recoletos.



Ultimamente, el edificio propiamente dicho se ha renovado bastante: ha clarificado la disposición interior de sus departamentos, ha funcionalizado el tránsito entre sus diferentes niveles, se ha desprendido de adherencias ornamentales innecesarias... y ha plantado en su salón de actos un gran mural vitreo de Luis Sáez.

Alguna vez he hablado en estas páginas de Luis Sáez. Es ese pintor burgalés que cultivaba la modestia como si fuera un vicio personal. Todos los que vivimos desde dentro el arte español lo conocemos y no podemos dejar atrás su figura cuando componemos un panorama, pero él parece complacerse en pasar muchas veces inadvertido, aunque tiene su nombre muy sólidamente constituido, incluso más allá de nuestras fronteras.

Hace poco, por alguno de esos milagros del destino, le encargaron a él un mural para el salón de actos de ese organismo bancario. Ya está inaugurado. Luis Sáez ha preferido hacerlo a la manera de una vidriera, de manera que

puede ser iluminado por dentro artificialmente.

El mural, que tendrá cerca de cincuenta metros cuadrados y está prodigiosamente realizado en su sentido técnico, representa algo así como una arquitectura fantástica dentro de un urbanismo no menos fantástico. De algu-

dicho, que tenía que serlo). Mientras empezaba carreras y se aburría sentado, iba llenando hojas de cuentos y dibujos. Hasta que, un día, los apuntes desaparecieron por completo y decidió hacer lo que más le gustaba y dejarse de cumplir gustos y tradiciones. De esto hará unos seis años.

Al principio eran unos dibujos torpes, perfiles calcados con la ayuda de un proyector, que se complementaban con unos larguísimos textos desde los que se iba riendo y burlando de la mentalidad bilbaína burguesa. Se esforzaba en dibujar bien, según las normas, sin conseguirlo. Pero algo fue surgiendo de su intento: escenarios en los que se desarrollaba la acción, que fueron desplazando cada vez más a las largas parrafadas de los personajes de sus «comics».

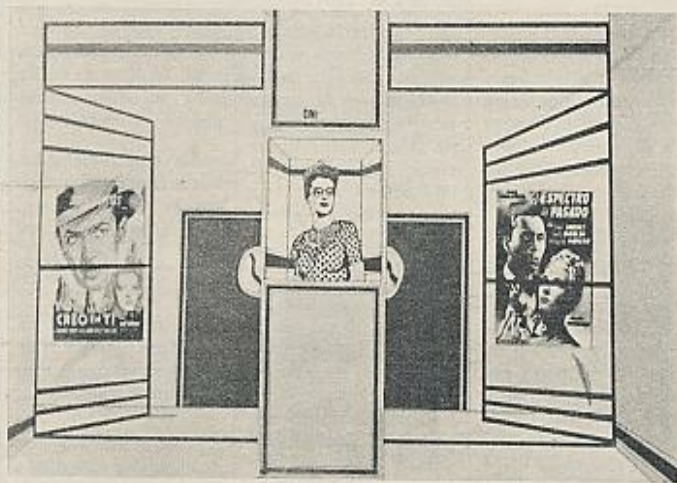
El siguiente paso, el actual, comenzó en TRIUNFO. («La única vez que me han escrito para hablarme de mis «comics» ha sido para decirme que no entendían lo que quería decir con los «collages»»). Eguillor ya no quiere dibujar con perfección, no le hace falta. Tiene a su disposición cromos, fotos y revistas con la imagen bien acabada. El se encarga de cambiarla a su gusto. Y es en la modificación donde empieza el significado. Las cosas no son como tienen que ser, sino como a él le da la gana que sean, las utiliza contra los que le han utilizado.

Su obra (dibujos, «collages», jaulas y muñecas) tiene una doble faceta: burlesca cuando se refiere a lo que le condicionó hasta conseguir hacer lo que le apetecía, y sería al crear algo por expresarse sin condicionamientos. La crítica que hace no es de destrucción, sino de cambio. En el fondo, le gusta mucho el sistema burgués, sólo que le sobra fuste. Palabra mágica que, en cierto modo, resume sus ataques a las exigencias que impone, principalmente el hermetismo.

## Eguillor: Primera exposición de «comics»

«Hay dos cosas que quiero que digas: que nací en San Sebastián y que el ser dibujante se lo debo, en gran parte, a José Luis Merino, que fue el que más me animó al principio», me decía Juan Carlos Eguillor poco antes de inaugurar su primera exposición, «Estampas Bilbaínas», en la galería Lúzaró, de Bilbao.

Ambos datos son realmente importantes. Porque Eguillor es un bilbaíno que iba para señor formal (o, mejor



Eguillor ha hecho una crónica de los sólidos principios? del bilbaíno que hoy es como debe ser a los veinticinco años: el ambiente triston de las Siete Calles, los guateques de chicas sentadas mientras los chicos hacían concursos

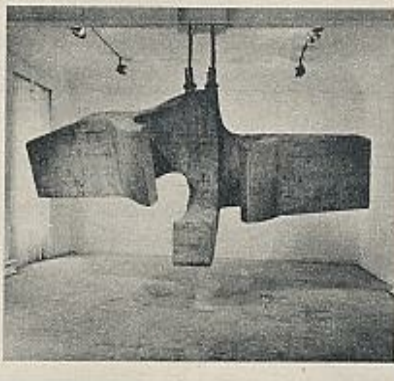
de comer, la buena formación de la Universidad de Deusto (casi un seguro para el triunfo local), los estrenos de teatro en el Arriaga o los empujones y pisotones para ver una película tolerada a cinco pesetas en el Actuali-

dades, con el creciente aparecer de nuevos edificios bancarios en la Gran Vía, calle paseada hasta el cansancio para lograr coincidir con el futuro abogado-economista o ingeniero de porvenir.

Con los años, algo ha cambiado las cosas, porque los visitantes quinceañeros de la exposición no entienden demasiado de qué va el asunto. ¡Menos mal! Pero aunque los temas puedan no incidir en mucha gente, siempre está el factor sorpresa o la imaginación desbordada. Un título, un comentario salido de la lógica habitual, nos sitúa en su humor. «No hay que tomar nada de lo dado con completa seriedad», parece decir Eguillor, incluyéndose a sí mismo en lo ya anterior. Como si sólo lo nuevo, lo que está por hacer, tuviera un valor real. ■ MARIA JOSE ARRIBAS.

## LA ESCULTURA DE CHILLIDA, EN PARIS

PARIS.—Llegó semiexiliada de España. Al no poderse colgar del puente de Eduardo Dato, vino a probar mejor fortuna en un salón del París de finales de siglo. Es la polémica escultura de Chillida, que se expone estos días en la Galería Maeght. César, Celaya, Saura, Sempere, y tantos otros artistas franceses y españoles, críticos de arte franceses, el propio Maeght, propietario de la galería, acudieron a ver como un apartamento burgués soportaba a este «monstruo» de nueve toneladas. Muy fácil: colgada de una viga de hierro. Entró por la ventana de la izquierda. Y ahí está. Extrañada de encontrarse fuera de su destino. El exilio será, al parecer y afortunadamente, corto. Barcelona la reclama. «Menos mal que la recuperamos», suspiró Sempere. ■ R. CH.



## TEATRO

### Una crítica frustrada

«Un ligero dolor», de Pinter, no consiguió repetir en el TEI el mere-